

durante la velada, continuó aquella impresión de la comida.

Sentados uno junto á otro, delante de la chimenea, D'Argenton é Ida se habían puesto á hablar en voz baja en ese tono confidencial, que por sí solo constituye una intimidad. El relataba su vida, su infancia nerviosa y enfermiza, encerrada en un antiguo castillo perdido en medio de una montaña. Pintaba las almenas, los torreones y los enormes corredores, por donde mugía el viento; después sus luchas artísticas, sus primeros trabajos, los obstáculos con que tropezaba su talento continuamente, y todas las bajezas que había visto.

Hablaba de persecuciones encarnizadas, de las cuales era víctima; de sus triunfos literarios, de los terribles epigramas que le habían dedicado:

“¡Entonces le dirigí esta frase cruel!”

Aquella noche Ida no le interrumpía. Escuchaba, inclinada hacia él, con la cabeza apoyada en el codo, sonriente, como en éxtasis. Y tan prisionero estaba su pensamiento, que cuando él callaba, ella seguía escuchando, y no se oía en el salón más que el tic-tac del reloj y el roce de las hojas de un álbum que Jack, aburrido y soñoliento, hojeaba por hacer algo.

De pronto, ella se levantó temblorosa:

—Vamos, Jack, hijo mío, llama á Constancia para que te lleve al colegio. Ya es hora. . . .

—¡Oh, mamá!

No se atrevió á decir que otros días estaba allí hasta más tarde; temía afligir á la madre, y sobre todo, encontrar en sus preciosos ojos claros, de ordinario tan cariñosos, la expresión de enfado que lo consternara poco antes.

Ella le premió su docilidad, besándolo con singular expansión.

—Buenas noches, hijo. . . dijo D'Argenton, más solemne que nunca; y atrajo al pequeño como para darle un beso. Este presentó su frente de niño rubio:

—Buenas noches, señor.

Pero el poeta lo rechazó, como á impulsos de un movimiento invencible y repulsivo, parecido al que había tenido en la comida, cuando dejó la pera que había empezado á mondar.

Y, sin embargo, aquel niño no era un regalo de “Buen Amigo.”

—No puedo. . . no puedo. . . murmuró, dejándose caer nuevamente en la butaquita, enjugándose la frente.

Jack, estupefacto, miraba á su madre, como diciendo: “¿Qué le he hecho yo?”

—Anda, Jack, hijo mío. . . Llévasele usted Constancia.

Y mientras la señora de Barancy se acercaba á su poeta para procurar apaciguarlo, el niño se volvió con el corazón lacerado, al colegio de Moronval; y en el jardín obscuro más triste aún por las tristezas del regreso al colegio, en el glacial dormitorio, al pensar en el profesor tan cómodamente instalado allá en el sofá del salón entre luz y flores, decíase con envidia: “¡Qué feliz es él!” . . . ¿Hasta qué hora estará allí? . . .

En la exclamación de D'Argenton de “¡no puedo!” y en su repugnancia de dar un beso á Jack, había ciertamente algo del fingimiento y el énfasis propios de aquel carácter declamatorio; pero en el fondo algo también de un sentimiento real y sincero.

Tenía celos del niño, como el niño los tenía de él.

En su concepto, aquél representaba todo el pasado de Ida, la fuerza viviente, y bien viviente, de que otros la habían amado antes que él y su orgullo se resentía.

No precisamente porque estuviese enamorado de la Condesa. Más bien podría decirse que él se amaba á sí mismo en ella, y que al ver en aquellos ojos lípidos y cándidos su imagen reflejada, se detenía completamente ante ellos, con la sonrisa egoísta que dirige la mujer al espejo que la hace bonita. Pero D'Argenton habría deseado que el espejo no estuviese empañado por el aliento de nadie, que no hubiera reproducido nunca más que su figura, en vez de conservar, en la sombra del pasado, el recuerdo ofensivo de otras muchas imágenes.

Esto era irremediable. La pobre Ida no podía evitarlo, sino lamentarlo, como lo lamentaba, y decir sinceramente: "¿Por qué no te he conocido antes?" Lo cual no es bastante para calmar las torturas de los singulares celos retrospectivos, sobre todo cuando se hallan alimentados por un orgullo extraordinario.

"Debiera haberme presentado," pensaba D'Argenton; y de ahí procedía la sorda cólera que sólo ver al niño excitaba en él.

Ella, sin embargo, no podía renegar ni abandonar aquel fruto de sus amores pasados. Pero poco á poco, bajo la influencia del poeta, para evitar aquellos encuentros desagradables, en los cuales cada cual sufría por lo que estorbaba á los demás, tomó la costumbre de sacar á Jack del colegio más de tarde en tarde, y de esearse también sus visitas al Gimnasio. Y es que entraba ya en la vida de los sacrificios, y aquel no era ciertamente el más pequeño.

En cuanto al hotel, al carruaje, al lujo con que vivía,

la pobre mujer estaba dispuesta á prescindir de todo, y no esperaba más que una indicación cualquiera de D'Argenton, para despedir al "Buen Amigo."

—Ya verás, le decía ella, cómo te ayudo, cómo trabajo. Y, además no pesaré por completo sobre tí. Siempre me quedará algún dinero.

Pero D'Argenton vacilaba todavía. Era, á pesar de su aparente exaltación, un espíritu fuerte, lúcido, un burgués metódico y lleno de buenas costumbres, que razonaba hasta sus calaveradas.

—No, no. . . . Esperemos todavía. . . . Día ha de venir en que yo sea rico, y entonces. . . .

Aludía á aquella tía vieja que tenía en provincias, que le daba una pensión, y á la cual tenía que heredar, infaliblemente, un día ú otro. ¡Era tan vieja la pobre-cita!

Y hacían proyectos deliciosos para entonces. Se irían al campo, bastante cerca de París para disfrutar de su luz; bastante lejos para huir de su ruido. Tendrían una casita propia, el plano de la cual meditaba él hacía ya tiempo, todo de planta baja, con una terraza á la italiana, adornada con parras y una divisa en la fachada, encima de la puerta: "Parva domus, magna quies." "Casa pequeña, gran reposo." Allí trabajaría él. Haría un libro. . . su libro. . . el libro. . . ¡el libro! . . . aquella "Hija de Fausto," de que hablaba hacía diez años. Luego, inmediatamente después de "La hija de Fausto," publicaría un volumen de poesías, y luego "Las cuerdas de bronce," una colección de sátiras implacables. Tenía en la cabeza una porción de títulos vacíos, de rotulatas de ideas: de lomos de libros sin nada dentro.

Entonces acudirían los editores, ¡ya lo creo que acu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dirían! Porque sería rico, célebre; tal vez académico, aunque la Academia era una institución que andaba muy de capa caída; estaba mohosa.

“No, no importa, decía Ida... Es preciso ser académico.” Ya le parecía á ella estar viéndose en un rincón de la sala de sesiones, el día de la recepción, oculta y palpitante, vestida con un trajecito modesto, como corresponde á la mujer de un hombre célebre.

Entretanto, seguían comiéndose las peras de “Buen Amigo,” que por cierto era el más cómodo y el más ciego de todos los buenos amigos del mundo.

A D’Argenton le parecían excelentes aquellas condenadas peras, y se las comía, si bien con un humor endiablado, rabioso, vengándose al mismo tiempo en la pobre Ida, con una porción de frasecitas aceradas y ofensivas, de lo indelicado de su propia conducta.

Así pasaron semanas y meses enteros, sin más cambio en la vida de todos, que una frialdad marcadísima en las relaciones entre Moronval y su profesor de literatura. El mulato, que seguía esperando que la Condesa adoptase una resolución relativa al proyecto de fundar una Revista, sospechaba que D’Argenton era hostil á ese proyecto, y no tenía pelos en la lengua para decir todó lo que pensaba acerca de aquel caballero.

Un jueves por la mañana, Jack, que ya no salía del colegio sino muy rara vez, contemplaba con tristeza á través de los cristales de la galería, que se hallaba convertida en sala de recreo, un cielo magnífico de primavera, muy azul, muy despejado, que hacía pensar en el paseo y en la libertad.

El sol ya calentaba; las ramas de las lilas empezaban á verdear, y la tierra inculta del jardincillo tenía

misteriosos sacudimientos de vida. Del Pasaje se escuchaban gritos de niños y cantos de pájaros enjaulados. Era una de esas mañanas en las cuales todas las ventanas se abren para dejar que entre un poco de luz en las casas, y que se evaporen las sombras del invierno; toda esa negrura con la cual lo largo de las noches y el humo de las chimeneas llenan las habitaciones que están cerradas mucho tiempo.

Jack pensaba que sería delicioso, en una mañana como aquella, salir un poco del colegio, tener otro horizonte que no fuera la tapia tapizada de yerbajos, al pie de la cual acababa el jardín en montones de piedrecillas verdosas y de hojas secas.

Precisamente en aquel momento sonó la campanilla de la puerta y el niño vió entrar á su madre, vestida elegantísimamente, radiante, muy presurosa y presa de una agitación extraordinaria.

Iba á buscarlo para llevarlo al Bosque de Boloña. No volvería hasta la noche. Un verdadero día de fiesta, como los que disfrutaba en otros tiempos.

Era preciso ir á pedir permiso á Moronval; pero como la señora de Barancy llevaba aquel día el importe del trimestre, comprenderéis que el permiso fué concedido en seguida.

—¡Oh, qué alegría! exclamaba Jack; y mientras su madre contaba al mulato que el señor D’Argenton se había visto obligado á salir precipitadamente para Auvèrnia, porque su tía se estaba muriendo, el niño atravesó corriendo el patio, para ir á vestirse.

En el camino encontró á Madú. Madú, flaco, triste, ocupado ya por completo en todos los quehaceres de la casa, y transportando sus escobas y sus cubos de fre-

gar, sin darse cuenta siquiera de que ya hacía buen tiempo y que el aire le perfumaba con las nuevas savias.

Al verlo, se le ocurrió á Jack una locura, una de esas ideas de niño alegre y feliz, que quiere que todo cuanto le rodea se ponga al unísono con su felicidad:

—¡Oh, mamá! ¿Por qué no nos llevamos á Madú?

El permiso era más difícil de obtener, á causa de las múltiples funciones que el príncipe tenía que desempeñar en el colegio; pero Jack suplicó tanto, que la buena de la señora de Moronval dijo que aquel día se encargaría de las tareas del negrito.

—¡Madú, Madú!—gritó Jack, precipitándose al jardín: de prisa, vístete; te llevamos con nosotros en coche; nos vamos á almorzar al Bosque.

Hubo un momento de confusión. Madú estaba asustado. La señora Decostere le buscaba un uniforme prestado. El hijo de Barancy saltaba de alegría, y su madre, como un pájaro parlero excitado por el ruido, daba á Moronval multitud de pormenores acerca del viaje de D'Argenton y el estado desesperado de la salud de su tía.

Al fin se fueron.

Jack y su madre se sentaron en el fondo de la victoria; Madú, en el pescante, al lado de Agustín. La cosa no era muy regia; pero S. M. había pasado por trances más duros.

La salida fué deliciosa, á lo largo de aquella Avenida de la Emperatriz, tan anchurosa por la mañana, tan aireada y tan familiar. Encontraba algunos paseantes, de esos que gustan de respirar aire puro antes que el movimiento, el ruido y el polvo del día lo impurifiquen; niños acompañados por sus ayas, otros muy pequeños

llevados en brazos, solemnemente envueltos en sus largos trajes blancos; otros mayores, paseando con los brazos y las piernas al aire y el cabello suelto. También pasaban algunos jinetes y amazonas; y el paseo reservado, la arena recientemente recorrida, conservaba las huellas de aquellas primeras cabalgatas, y parecía en muchos sitios más bien la vereda de un parque particular, que un paseo público. El mismo aspecto tranquilo, lujoso, reposado, tenían también las casitas desparramadas entre los verdes prados, y de las cuales los ladrillos color de rosa y las pizarras azuladas, en aquella mañana deliciosa, parecían recién lavados.

Jack se extasiaba, besaba á su madre, tiraba á Madú de los faldones de su levita.

—¿Estás contento, Madú?

—¡Oh, muy contento, “zeñó!”

Llegaron al bosque, ya por muchos sitios verde y florido. Había calles de árboles cuyas cimas era lo único que aparecía verde ó enrojecido por la savia, lo cual daba á las ramas bañadas de sol, un aspecto vaporoso. Los diversos tonos de los árboles, más ó menos precoces, pasaban, desde el verde tierno de los nuevos brotes, al verde permanente de los arbustos de invierno.

Arboles que habían llevado nieve en sus hojas rígidas y crispadas, rozaban con lilas en brote, todavía endebles y desconfiadas de sus propias fuerzas.

El carruaje se detuvo en el restaurant de la Mariposa, y mientras preparaban el almuerzo, la señora de Barancy se apeó con los niños para dar una vuelta alrededor del lago. En aquella hora matinal, los largos paseos de por la tarde, y todos sus reflejos mundanos de cocheros con el pelo empolvado y llenos de galones,

caballos lujosamente enjaezados, ejes de coches barnizados, no lo turbaban todavía.

El lago conservaba de la noche anterior una ligera frescura, que subía como vaho hacia la luz. Por él nadaban cisnes; algunos tallos de yerba se miraban en aquella agua limpiísima, á la cual las sombras, el silencio, la soledad, parecían haberle rehecho una verdadera fisonomía de agua viviente: tenía rizos, estremecimientos, subidas de pequeñas olas, que se deshacían en la superficie en burbujas claras. En vez de aquel estanque inmóvil, que parece servir de espejo á las últimas modas y á las vanidades de París, el lago se atrevía á volver á ser lago, cuyas aguas cruzaban las aves, agitaban los peces y servían para que bañasen sus ramas abandonadas los sauces.

¡Qué paseo tan delicioso!

¡Y el almuerzo!... El almuerzo delante de las ventanas abiertas, con esos apetitos de colegial, inconscientes y avivados, que la emprenden con todo. Desde el principio hasta el final de la comida aquello fué una alegre y continuada carcajada. Todo les servía de pretexto para reír: un pedazo de pan que se caía, la facha del mozo; y aquellas candidas expansiones iban á encontrar en las ramas de los árboles los primeros cantos de los pájaros.

Cuando hubieron almorzado:

—¿Vamos al Jardín de Acimatación? propuso la madre.

—¡Oh, qué buena idea, mamá!... ¡Madú no ha estado allí nunca, y se va á divertir mucho!

Tomaron el coche para encaminarse por la Gran Avenida hasta la verja. En el jardín, casi desierto, vol-

vieron á encontrar la impresión tranquila de despertar y de frescura que les había producido el Bosque; pero para los niños, el atractivo era todavía mayor, á causa de aquella vida animal que llenaba hasta el último rincón y los veía pasar dando saltos contra las empalizadas, con ojos fieros y lánguidos y hocicos sonrosados, extendidos hacia el agradable olor á pan caliente que llevaban del restaurant.

Madú, que hasta entonces se había divertido por complacer á Jack, empezó á divertirse por su cuenta.

No necesitaba mirar el letrero azul que da á todas aquellas jaulas el aspecto de calabozos numerados, para conocer á muchos animales de su país. Con cierto sentimiento, mezclado de placer y de pesar, contemplaba á los canguros puestos de pie sobre sus patas, tan largas que tienen la agilidad y la fuerza de un par de alas. Parecía que les compadecía por verlos lejos de su país, que sufría al contemplarlos en aquel reducido espacio, que atravesaban de dos saltos para volver á su cabañita, con esa precipitación del animal que conoce el refugio y la necesidad de tener su casa.

Se detenía delante de aquellas verjas ligeras, pintadas de claro para que la ilusión sea mayor, detrás de las cuales se hallaban los antiflopes encerrados sin consideración ninguna á sus finísimos cascos, tan ligeros, tan ágiles; y había allí rinconcitos de verde tan pelado, vertientes de montículos tan pobres de yerba, que de pronto, al paso de sus rápidos trotes, surgía para Madú algún fragmento lejano de un paisaje quemado por el sol.

Lo que más lástima le daba, eran los pájaros enjaulados. Al menos los avestruces, los casoares alojados so-

litariamente al aire libre, con un arbusto exótico que los acompañaba en la perspectiva de las calles de árboles, como si estuviesen pintados en una estampa de historia natural, tenían sitio para tenderse, para escarbar al sol, entre las piedrecillas de aquella tierra nueva, removida, renovada, que en el Jardín de Aclimatación conserva siempre la fisonomía de una cosa improvisada. Pero, en cambio, ¡qué tristes parecían entre las cotorras, los cacatúas en aquella enorme jaula, dividida en compartimientos uniformes, cada uno de los cuales está adornado con un bebedor y un palo para que se suban, pero sin nada de hojas verdes ni de ramas!

Madú, al contemplar aquellos sitios melancólicos, un poco sombríos, porque el edificio es demasiado alto para lo pequeño de aquel corral, pensaba en el colegio de Moronval. En aquellos estrechos palomares, las plumas brillantes parecían obscurecidas y guarnecidas de franjas; hablaban de luchas, de batallas, de espantos de prisionero ó de loco, á lo largo de un enverjado de hierro colado. Y los pájaros del desierto ó del espacio, los flamantes, cuyas plumas color de rosa, cuyos cuellos estirados, vuelan en forma de triángulo por el fondo que forma el Nilo azul ó el cielo pálido; los ibis de pico largo, que parecen soñar posados sobre las esfinges inmóviles, todos tomaban la misma fisonomía vulgar entre los pavos reales blancos, que hacían vanidosamente la rueda, y los pequeños ánades chinos de colores delicados, que se bañaban con comodidad en su diminuto lago.

Poco á poco el Jardín iba llenándose.

Ahora ya había gente, ruido, animación, y de pronto, entre dos avenidas, surgió un espectáculo extraño,

fantástico, que llenó á Madú de un éxtasis tan grande que lo dejó inmóvil, mudo, sin poder pronunciar ni una sola palabra para explicar su estupor, su admiración.

Por encima de los arbustos, de las verjas, casi á la altura de los árboles grandes, dos elefantes, á los cuales no se les veía más que las enormes cabezas y las trompas en movimiento, avanzaban, columpiando en sus enormes lomos todo un mundo abigarrado, de mujeres con sombrillas claras, de niños con sombreros de paja, cabezas morenas, rubias, adornadas con cintas de colores. Detrás de los elefantes iba una jirafa, con el cuello estirado y muy erguida su pequeña cabeza, seria y altiva; también había gente montada encima de ella. Y aquella caravana singular desfilaba á la vista de Madú, entre los encajes de las amarillentas ramas, con muchas risas, gritos y esa excitación que producen la altura, el aire vivo y también un temor vago, corregido por el amor propio.

Bajo los rayos del sol que ya calentaban, aquellas telas de primavera parecían de seda rica, y todos los colores resaltaban sobre la piel espesa y rugosa de los elefantes. Al fin se les vió del todo, guiados por el "cornae," con la trompa extendida á derecha é izquierda, hacia los brotes de los árboles ó los bolsillos de los transeúntes, pesados, cargados, tranquilos, agitando apenas sus grandes orejas, á las cuales un chiquillo echado sobre sus cuellos ó una muchacha del pueblo alegre y vivaracha, hacían cosquillas con la contera de una sombrilla ó con un latiguillo inofensivo.

—¿Qué tienes, Madú?... Estás temblando... ¿Es tás malo? preguntó Jack á su compañero.

Positivamente Madú desfallecía de emoción; pero

cuando supo que él también podría montar encima de las pesadas bestias, su cara tomó una expresión grave, reposada, casi solemne.

Jack no quiso acompañarlo.

Se quedó con su madre, á la cual no encontraba bastante alegre, bastante risueña, para lo que merecía aquel día feliz; experimentaba la necesidad de estar muy cerca de ella, de apretarla, de admirarla, de aspirar el polvo que levantaba la larga cola de su vestido de seda, que arrastraba con tanta majestad. Sentados los dos, miraban al negro izarse á todo lo alto del elefante con una prisa, con un estremecimiento singular.

Una vez allí arriba, pareció estar en su casa, en su sitio.

Ya no era el chicuelo atontado, de facha ridícula, de lenguaje casi grotesco; ya no era el colegial torpe y contrahecho, el criadito humillado por sus funciones serviles y la tiranía del amo. Bajo su piel negra, ordinariamente terrosa, se sentía circular la vida: sus crespos cabellos se levantaban salvajemente, y en sus ojos, entre las languideces del destierro, brillaban relámpagos de cólera ó de dominio.

¡Feliz reyecito!

Dos ó tres veces dió la vuelta al jardín.

“¡Más, más!” Y por el puentecillo que hay para atravesar el estanque, entre los cercados de los canguros, pasaba y volvía á pasar, excitado hasta la embriaguez por el andar pesado y rápido del elefante. Kerika, Dahomey, la guerra, las grandes caerías, todo esto acudía á su memoria. Hablaba solo en su lengua, y al oír aquella voceilla africana, ebullona, acariciadora, que le hacía cerrar los ojos de placer, el elefante contesta-

ba con mugidos entusiastas; las cebras relinchaban, los antilopes saltaban asustados, mientras que del enorme jaulón de los pájaros exóticos, donde caía el sol con rayos más dorados, llegaban pidos, cantos, llamamientos, picotazos estridentes, todo un tumulto de bosque virgen, antes de la hora tranquila del sueño.

Pero era tarde. Era preciso volver, bajar de aquel hermoso ensueño. Además, en cuanto desapareció el sol, se levantó aire vivo y frío, como sucede en esos comienzos de primavera, en los cuales la escarcha de las noches sucede á los calores de los días.

Esta impresión de invierno, hizo que los niños tuvieran un regreso triste y sombrío. El carruaje corría en dirección al colegio, se alejaba del Arco de Triunfo, aún iluminado por el sol poniente, y parecía dirigirse hacia la noche. Madú iba pensativo en el pescante, al lado del cochero; Jack, sin saber por qué, tenía el corazón encogido, y ¡cosa sumamente rara! la señora de Barancy iba callada.

Tenía, sin embargo, algo que decir, y algo que probablemente le costaba mucho trabajo, porque esperó al último momento para hablar.

Al fin se atrevió, y tomando la mano de Jack entre las suyas, le dijo:

—Escucha, hijo mío: tengo una mala noticia que darte.

El niño comprendió en seguida que le ocurría una gran desgracia, y sus ojos suplicantes se volvieron hacia su madre.

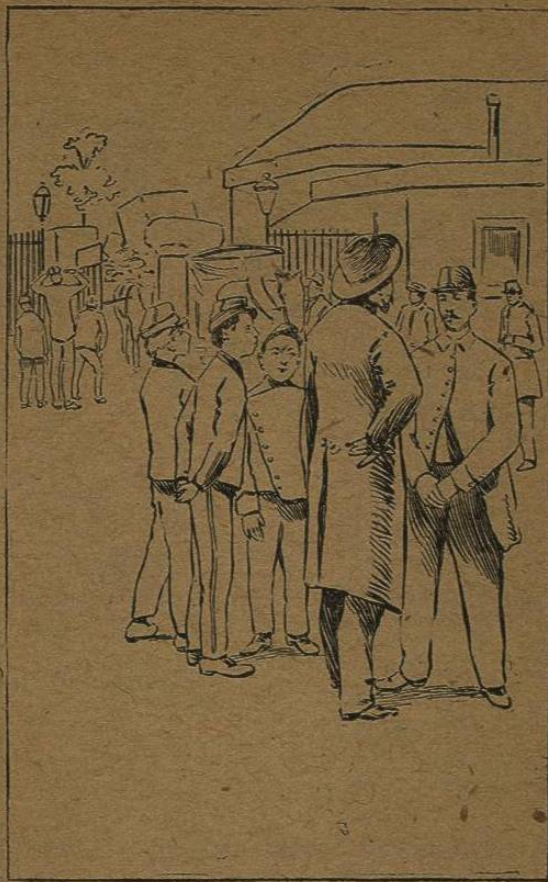
—¡Oh! no me lo digas; no me digas lo que tienes que decirme.

Pero ella siguió hablando en voz baja y muy de prisa:

—Tengo que marcharme... hacer un viaje muy largo... Tengo que dejarte... pero te escribiré... Sobre todo, no llores, hijo mío, porque me darás mucha pena... En primer lugar, no me voy por mucho tiempo... Nos veremos pronto... Sí, muy pronto; te lo prometo...

Y empezó á contarle una porción de cosas. Se trataba de asuntos de dinero, de una herencia que había que recoger, de una porción de cosas misteriosas.

Habría podido hablar mucho todavía, inventar otras mil historias. Jack no la oía. Aplanado, abatido, lloraba silenciosamente en un rincón, y el París que iba atravesando le parecía muy variado desde por la mañana, despojado de sus rayos primaverales; de sus perfumes de lilas, lúgubre, desastroso; porque lo miraba con los ojos arrasados en las lágrimas de un niño que acaba de perder á su madre.



...Aprovechar la desbandada que volvía á reinar en el colegio...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA-UNIVERSITARIA
'ALFONSO REYES'
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO